

# BREVES OBSERVACIONES

Δ

## “LA RAZON”

Y

## LOS RACIONALISTAS

---

III

*Diciembre 14 de 1895*



**QUITO**

---

**IMPRESA DEL CERRO**

## EL PUEBLO.

---

¡ATRÁS, todos vosotros, falsos procuradores del pueblo, que venís á decirnos que él quiere renegar de su fe, y que ya es tiempo de extirpar la religión católica en el Ecuador!

¿Véis allá en el fondo oscuro de un chiribitil, de los más apartados arrabales de París, una mujer vieja, flaca y desdentada que se revuelca, con las ansias de la agonía, en un jergón de paja húmeda, destituída de todo humano socorro y lo que es más de todo auxilio divino? Alza la ya turbada vista arriba, pero es para lanzar miradas de odio, balbuce algunas palabras, pero esas son de blasfemia; crispa las arrugadas manos, como si quisiera agarrarse á la vida, porque la oscuridad de la muerte le horripila. . . . Esa es vuestra diosa, esa es la cómica Maillard, la mujer que vivió en el tráfico más ignominioso que haya, y á quien vuestros padres alzaron en triunfo para divinizarla, á quien adoraron y ofrecieron sacrificios humanos y embriagaron con el vapor de la sangre más pura de la Francia.

Pueblo; ¿quieres adorar á esa diosa, quieres que los racionalistas te consagren al *sagrado corazón de Marat*?

Habla el pueblo, y su potente voz es como ruido de muchas aguas, y en ella hay algo del rugido del león y dice: "No queremos esa diosa; para nada necesitamos del *sagrado corazón de Marat*".

Ved, ahora, allá en la cumbre de esa colina situada en la cuna del linaje humano y sepulcro del primer hombre, un patíbulo, y en él suspendido entre el cielo y la tierra el cuerpo de un ajusticiado de rostro de inalterable dulzura, y al pie una hermosa mujer, transida de dolor y juntas las manos en actitud de espantable resignación. Alza él la vista al cielo, y es para implorar perdón para sus matadores; habla y es para dar á los hombres la mejor de las madres; golpea su corazón los muros de su cárcel, pero es para exprimir la postrera gota de sangre que le queda y entregarla á los humanos. Aquella escena es la realización, el término supremo de la abnegación puesta al servicio del amor, en obsequio de lo que hay en la tierra de más desvalido, pobre y necesitado. De ese patíbulo descienden raudales de virtud, que empapan y ablandan todos los corazones.

Mira el pueblo, y no sufriendo ser interrogado alza la voz, exenta de cólera, empero rumorosa, y en la cual hay notas como quejido de paloma, como ayes de oprimidos, como el reclamo de las vírgenes, como el gorgceo de la inocencia, como la ruda súplica del menestral, y dice: “¡El es nuestro Dios; su Corazón es el corazón del pueblo!”

Nó; el pueblo no ha dicho que la religión católica está demás en el Ecuador; lo dicen esos escritores que, como los arrecifes en los mares apartados, asoman para ruina sus crestas de piedra en el lleno de las tempestades: á ellos podrá oír el pueblo cuando traigan del cielo algo mejor que la religión, con qué reemplazar á una obra que no es obra de hombres.

“¿Quién es el pueblo?”

¡Oh! al pueblo lo forma esa inmensa muchedumbre que vive en las chozas, en las aldeas, á orilla de nuestros caminos, en los chiribitiles infectos de las ciudades; pueblo es el labrador que empapa con sudor el surco que abre en la tierra su tardo buey; pueblo, el leñador que da en tierra con los árboles secuñares de nuestras montañas, el pastor que recorre las selvas á la inclemencia del sol ó de la lluvia; pueblo, el que transporta el cambio de un lugar á otro, el menestral que calza y viste al rico, adorna y embellece las habitaciones de éste; pueblo, el campesino que cae ametrallado en los combates y da su cuerpo en abono á la tierra. . . .”

¿Quién más es el pueblo? Lo es el sacerdote que abre las puertas del cielo al niño, derramando sobre su frente el agua santa del rescate y de la vida, que une con indisolubles lazos los corazones que se aman; que echa el polvo de la eternidad sobre la frente del cadáver al depositarlo en su lecho de tierra; pueblo son las matronas respetables, las de alma abrasada en caridad, que bajan á socorrer al pobre, vestir al desnudo, á consolar al afligido, á curar al enfermo; pueblo, las almas compasivas que gimen por todos los dolores, que alargan la mano al caído; pueblo, el que ora por los que no cran; pueblo, en fin, el samaritano generoso del Evangelio, que recoge en sus brazos al viajero robado por los ladrones y herido por los asesinos.

¡Oh, pueblo, qué bello es tu nombre, qué amable tu virtud, qué heroica tu paciencia, qué grande tu fortaleza, qué desmedido tu poder cuando te alzas como el león que se despereza en su solitario cubil, ó cuando amontonas tus olas como las olas rumorosas del Océano, que

se estrellan rugiendo contra los escollos que blanquean á lo lejos; qué nobles tus destinos cuando siguiendo los mandatos de Dios vas peregrinando á la tierra bendita de tu promisión!

Pueblo viril, pueblo inteligente y generoso como el nuestro, no es para tirarse por el camino de la apostasía, que lo es al propio tiempo de la debilidad y de los vergozosos renuncios. Callad los que le decís que ha hecho mal en ser católico! ¿No advertís que le estais acusando de estúpido, cual si no hubiera tenido la inteligencia suficiente para discernir por sí?

Oh sublime fortaleza la de un pueblo digno, combatido en su fe! Decidlo vosotros, cristianos de Armenia, que estais prefiriendo caer por centenares ante el alfange musulmán, antes que renunciar á vuestras creencias y legítimo anhelo de libertad.

Y sólo son turcos los que os persiguen ¡oh, si fueran racionalistas . . . . .!

---

## ERRORES HISTORICOS.

---

Aunque digan lo contrario, no hay satisfacción como la de recorrer en compañía del Sr. Peralta por los vastos dominios de la historia, sin perdonar reinos ni naciones, hechos ó costumbres, clases ni condiciones observadas ó por observar. Ya nos vemos en los tiempos prehistóricos, asistiendo á la formación de la *Trimurti*, rodeados de brahmanes, *fakirs* y *yoguis*, ya dando un salto de varios siglos, asistimos á los sacrificios de Odin en la región escandinávica, lo cual no impide que retrocedamos hasta las riberas del Nilo para deleitarnos con las deslumbradoras fiestas de los sacerdotes egipcios. A lo lejos di-

visamos las torres de Golconda, los alminares de Bisancio, los *menhirs* de Bretaña, los monolitos de Balbek y hasta las *to'as* de los primeros hijos del Sol, todo en amable confusión, como vistas de óptica en una feria de aldea. Y, no son menos raros y heterogéneos los personajes que nos salen al encuentro, vestidos con los trajes más abigarrados: Visva Mitra y el buey Apis en amigable compañía con Jorge de Saluces, Arnaldo de Brescia y los dominicos de Berna; Gregorio IX de bracero con Esopo; Plutarco con la diosa Astarte; los Faraones con Jordan Bruno, Savonarola y Galileo; Benedicto IX haciéndolo la mamola á Baal, y Licurgo esquivándose de san Martín de Tours, sin duda para que éste no le pida prestada la capa, por haber regalado la suya.

De entre los arbitrios conocidos para tratar con gente de pro, á este nos atenemos; de los sistemas de viajar sin incomodidad y á poca costa, ninguno como el presente, tan inofensivo y manual como el que sirvió al Caballero de la Mancha para trasladarse al reino de Candaya en pocos minutos; sólo sí, que este último sistema es un tantillo ocasionado á regalarnos ilusiones por realidades, como sucedió al escudero del predicho caballero, que desde las no muy suaves ancas de Clavileño, describió la constelación de las cabrillas, las contó y aun se entretuvo con ellas un buen espacio.

Digresiones aparte, queremos recordar á nuestros amigos, que quedamos de nuestro cuento en que el Sr. Peralta había resucitado á Gregorio IX, y ya empezábamos á alegrarnos por esta fausta nueva, cuando el mismo autor de *La Razón* no tarda en darnos la triste y ahora alarmante noticia de que Esopo, el fabulista, ha muerto; ¡y de qué manera, Dios santo!; pues nada menos que á manos de sacerdotes . . . . (Jesús nos asista) sacerdotes de Apolo; (ah! respiramos; de buena nos hemos librado). Dígase si no era para ponernos los pelos de punta, la noticia de que los sacerdotes habían matado á Esopo . . . . Pero, como pudiera ser que se quiera hacer purgar ese asesinato de Esopo á los sacerdotes de egaño,

aun cuando el mismo Sr. Peralta se expresa claramente cuando dice: "Esopo (fué) arrojado de una roca por no haber dado crédito á los sacerdotes de Apolo" (pág. 10), abrimos la historia para buscar circunstancias atenuantes que hacer valer, y ¡oh, fortuna! hallamos que á Esopo no le dieron muerte los sacerdotes, sino los habitantes de Delfos, simple y sencillamente porque no les entregó una cantidad de dinero que les enviara Creso, rey de Lidia.

Oigamos á Diaz: "Plutarco, *de sera numinis vindicta*, cuenta que Esopo fué mandado á Delfos por Creso, para ofrecer un gran sacrificio á Apolo y entregar una cantidad considerable á cada habitante; y que no habiéndolos creído dignos de esta munificencia regia, remitió el dinero á Creso, después de haber ofrecido el sacrificio. Por lo que, ofendidos los de Delfos, le acusaron de sacrilegio y le precipitaron como se ha dicho" (1).

Rollin en su Historia de la Grecia dice: "Plutarco nos hace saber el modo como murió Esopo: había ido á Delfos cargado de oro y plata, con orden de ofrecer en nombre de Creso un gran sacrificio á Apolo y de dar á cada habitante una suma considerable (cuatro minas de plata). Una querrela que se suscitó entre él y los de Delfos, fué causa de que en habiendo hecho el sacrificio devolviese á Creso el dinero que había recibido de él, pretextando que eran indignos aquellos á quienes ese príncipe lo había destinado. Los habitantes de Delfos le hicieron condenar y le precipitaron de lo alto de una roca" (2).

La Harpe dice: "Inútil sería repetir aquí cuanto se dice de Esopo, y que á este respecto se enseña *hasta á los niños*. Hay uniformidad en creer que vivió en tiempo de Pisistrato; y si es cierto, como se cuenta, que los habitantes de Delfos le hicieron perecer, porque les había ofendido" etc. (3).

---

(1) Jacinto Diaz.—Historia de la literatura griega, página 100.

(2) Rollin.—Historia antigua, tom. II, pág. 563.

(3) La Harpe.—Curso de literatura antigua y moderna, tom. II, pág. 313.

¿Qué hay en todo esto contra los sacerdotes? ¿dónde una palabra de la incredulidad de Esopo, causa determinante de su muerte? De manera que según el verdadero testimonio histórico, Esopo murió no por incrédulo sino por bellaco, como ha pasado con muchos otros de los tiempos posteriores, y muy alabados por los racionalistas. Mas, dando de barato que Esopo muriese por incrédulo ¿qué hay más fácil que resucitarlo y hacerle venir á Marsella á trabar compañía con el Papa Gregorio IX?

No acabamos aun de averiguar lo referente á la muerte de Esopo, y ya nos sale al paso el mismísimo Plutarco varón proveccto y de buena fama, quejándose de que el Sr. Peralta le hace decir cosas que jamás dijo. “Hasta Plutarco en la vida de Camilo da por verdaderos los *prodigios* que obraban los sacerdotes romanos para mantener al pueblo sumido en la superstición y el fanatismo” escribe el Sr. Peralta (pág. 11). Para defenderse de este cargo nos presenta Plutarco su obra sobre los *Varones ilustres* y en ella la vida de Camilo, y en la página citada por el escritor racionalista, la expresión, no de su asentimiento parcial á los prodigios, sino las prudentísimos conceptos siguientes: “Pero tanto en el dar demasiado crédito á estas cosas, como en el negárselo del todo puede haber peligro por la humana flaqueza, que no se sabe hasta dónde llega, ni puede dominarse á sí misma; sino que ya cae en la superstición y vana confianza, y ya da en el absoluto olvido y menosprecio de los dioses: así, lo mejor es irse siempre con tiento y guardarse de los extremos” (2). Y cuando esto dice Plutarco, ni siquiera es asunto de prodigios obrados por los sacerdotes, ni éstos encaminados á mantener el pueblo en el fanatismo, sino del sacrificio de Camilo á Juno y la respuesta que dió la estatua de esta diosa, siendo tanta la imparcialidad de Plutarco, que aun refiere el parecer de Tito Livio, quien afirmó que fueron algunos de los cir-

---

(2) Plutarco.—Las vidas paralelas, tom. I, pág. 275. Traducción de Ranz Romanillos.



*cunstantes* los que respondieron y no la estatua. Líneas antes había opinado, que tiene *aire de fábula* el raro acontecimiento sucedido al caudillo de los tirrenos en el sitio de Veyes.

Ahora le toca su turno á Carlomagno. "*Súbitas inspiraciones del cielo*, hacían colocar á los Pontífices la diadema del imperio sobre las sienes del aspirante que más les *convenía*" dice *La Razón* en la pág. 13. Grande error es en el Sr. Peralta suponer que hubo varios emperadores coronados de esta manera por los Pontífices: no lo fué sino *uno solo*, el gran Carlos, el coloso de Occidente, quien recibió por ceremonia la diadema imperial cuando de hecho tenía ya, bajo su dominio, casi toda la Europa, esto es, cuando su imperio se extendía al Sur hasta el Ebro, el Mediterráneo y Nápoles, al Norte hasta el mar setentrional y el Báltico, al Este hasta las montañas de Bohemia y al Oeste hasta el Atlántico. No resistimos al deseo de transcribir un rasgo de la crónica del monje de san Gall, para dar una idea del formidable poder de este grande hombre que cierra con mano férrea la época de los bárbaros, y que con todo, no es para el Sr. Peralta sino un pobrecito *aspirante*, coronado por una especie de piadoso escamoteo por un Papa á quien *convenía* coronarlo.

"Uno de los principales señores del reino de los francos, llamado Ogier, habiendo incurrido en el enojo del terrible Carlos, refugióse en Pavía, al lado de Desiderio, rey de los lombardos. Cuando Ogier y Desiderio supieron la venida del temible Carlos, subieron á una torre muy alta de donde podían verle llegar de todas partes. Primeramente, divisaron equipajes de guerra, más considerables que los de Darío ó de Julio César, y el rey Desiderio preguntó á Ogier, el franco:

— "¿No está Carlos con ese numeroso ejército?"  
— "Todavía no", respondió Ogier.

Vino en seguida la muchedumbre de los pueblos reunidos de todos los puntos del dilatado imperio de los francos, y en viéndolos dijo Desiderio á Ogier:

—“Sin duda Carlos avanza triunfante en medio de ese innumerable gentío”.—“Todavía no, todavía no”, respondió Ogier.

—“¿Qué haremos si continúa creciendo ese océano de guerreros? ¿Con qué acompañamiento vendrá, pues, el rey Carlos?”—“Ciertamente verás cómo vendrá”, respondió Ogier el franco.

Y mientras discurrían de esta manera con la vista fija en el horizonte, pareció la casa real, el brillante cuerpo de guardias, que al igual de su jefe no conoce descanso ni sueño. Al aspecto de aquellos hombres gigantes que sobre sus altas alfanas se-  
mejaban centauros de hierro, exclamó Desiderio pasmado:

—“¿Ahora sí que he visto á Carlos! ¿No cabalga á la cabeza de aquellos colosos?”—“Todavía no, todavía no”, repetía Ogier el franco sin apartar los ojos del polvoroso horizonte, de donde surgían sucesivamente otras multitudes. En pos de los guardias venían con religiosa pompa los obispos, los abades de monasterios y los capellanes de la casa real, cubiertos de magníficos ornamentos, precedidos de la cruz y llevando las reliquias de los santos en riquísimas urnas.

—“Cómo, exclamó Desiderio, ¿acaso auxilia Dios al gran Carlos en su discordia conmigo? ¿Cómo podré defenderme contra los hombres y contra el cielo? Bajemos y escondámonos en las entrañas de la tierra para no ver el rostro de tan terrible enemigo.”

Ogier el franco, que también conocía cuán terrible es la aproximación de un señor irritado, dijo entonces al rey lombardo:

—“No puedo ya soportar la luz del día, y mi alma ansía la muerte. Y sin embargo la majestad de Carlos no parece todavía. Pero cuando veas ¡oh rey! que las mieses se erizan de terror en los campos y que el Po y el Tesino se vuelven negros como el hierro y azotan con sus plomizas ondas los muros de la ciudad, entonces puedes creer en la llegada del terrible Carlos”. No bien acabó de hablar cuando comenzaron á distinguir al Poniente una como nu-

be empujada por el viento Noroeste la cual trocó la claridad del día en sombras lúgubres. En seguida, aproximándose Carlos poco á poco, las relumbrantes armas brillaron sobre los hombres encerrados en Pavía, con fulgores más siniestros que la noche más lóbrega.

Entonces pareció en persona Carlos, el hombre de hierro, cubierta la cabeza con un casco de hierro, los brazos con brazales de hierro, y el pecho y los hombros con una cota de hierro; llevaba en la mano izquierda una lanza cuya pesada asta era de hierro, y tenía siempre tendida la derecha sobre el acero de su invencible espada. Hasta su caballo tenía el color y la fuerza del hierro.

Ogier, el franco, dijo al lombardo: "¡Mira al que tanto has buscado!" Y al proferir esa voz de alarma cayó exánime.....

Bonito era Carlomagno para hacer el papel de pretendiente. Y no sabe el Sr. Peralta que luego de ser coronado Emperador, dió muestras de desagradarle aquello, y que consultó el voto del pueblo? Pero, *La Razón* no tiene por qué saber estas cosas.

---

## EL CLERO Y LOS LEGISTAS.

---

El Sr. Peralta, á lo que sabemos, es abogado. Decir que es abogado, es decir que por este concepto nos merece suma consideración, pues siéndolo pertenece á un cuerpo muy respetable. Los abogados son necesarios á la sociedad, bien así como los sacerdotes, siquiera éstos lo sean en esfera mas elevada y de radio más extendido. Pretender que sin abogados ande con pie recto la administración de justicia, prospere el estudio del derecho, sean de fácil reposición las relaciones civiles de los ciudadanos en caso de quebranto, es absurdo de tanto calibre, como pretender que sin sacerdotes haya culto conveniente, buenos estudios de las relaciones de la criatura con su Criador, y acuciosos intérpretes y depositarios diligentes de la moral evangélica, ciencia eminentemente práctica, y que

si toca con el un extremo al cielo, toca por el otro á la tierra.

Mucho que sabemos como hay gentes que estuvieran muy bien halladas, con que en la sociedad no hubiera abogados ni sacerdotes, esto es defensores del derecho humano y del divino. Oh! el agente fiscal, ese hombre de clara vista é inflexible rectitud, ése que se entra por los senos más escondidos de la conciencia de un criminal y saca de allí como deformes alimañas, los delitos más ocultos para exponerlos á la pública vindicta ¿cómo no ha de ser aborrecido por el criminal? Quizá no lo es tanto como el sacerdote de vida austera, cuyas amonestaciones y presencia horripilan al seductor de la inocencia, al hombre de perversos instintos, de lengua blasfema y corazón comido por los vicios.

Y generalmente, los cdiadores de los ministros de la legislación humana, lo son también de la divina.

El sacerdote, sí que presta siempre consideración á la clase abogadil, y no porque en ella haya sujetos de mal porte dirá jamas que toda la corporación es digna de la horca ó del destierro. Si el abogado, prospera, y medra y se enriquece y tiene buena clientela, no halla en eso materia de reparo; al contrario, es el primero en alegrarse: es tan natural que el señor doctor cobre sus honorarios, no trabaje de balde, tenga familia, vaya al campo con sus hijuelos, eche una cana al aire y aspire á los primeros puestos de la República. Para eso hizo sus estudios, y su estado no es ningún estado de abnegación, ni de andarse con las disciplinas al cinto y la escudilla de palo á la mano.

¿Quien va á exigir que el abogado sirva gratis á todo el mundo, vaya á constituirse para toda su vida en un poblacho de mala muerte, para ser el consultor nato de todos sus rústicos habitantes, ni que tenga sus puertas abiertas el día y la noche, ni esté listo á la hora en que le llamen, en frío y en calor, en hambre y en sed, en quietud y en fatiga? Vamos á ver; ¿quién le pedirá tanto? Nadie, á buen seguro, y sería de ver la cara que pusiera, como á alguien se le ocurriese siquiera proponérselo-

Todo eso se queda para el sacerdote, y con razón. A él toca echarse á cuestras con sus dilatados estudios, su florida juventud é ilusiones para ir á sepultarse vivo en una aldea en donde todo conspira para martirizar su alma; á él andar en busca de todas las miserias, de todos los dolores para aliviarlos; á él echarse á llorar con todos los que lloran; á él agrupar junto al campanario todas las casitas de la aldea como á una bandada de palomas junto al árbol que las da sombra y al arroyo en que calman su sed; á él fomentar activamente todas las obras de utilidad común, las escuelas, los puentes, los caminos, la industria; sólo á él la privación de los afectos legítimos en otros; á él, siervo hasta de los aldeanos más humildes entre los humildes, recibir avergonzado el pan de su sustento, como el ser más inútil de una casa recibe los desperdicios entre la befa de los lacayos y la envidia de los canes; á él con todo, se pide la pródiga mano, el pecho abierto, la frente luminosa, el corazón caliente; y tiene por remate, el lecho de un hospital para dormir su último sueño, ó la ignorada tumba, perdida en el cementerio campestre, visitada sólo por el moribundo rayo del sol al trasponer la cumbre de la vecina montaña. . . . .

(Concluirá.)

*Nequaquam.*—Nos pide el Sr. Peralta con reiteradas instancias que le descubramos nuestro nombre. No podemos darle gusto: para el objeto que nos proponemos, nuestro nombre es absolutamente indiferente. No porque seamos fulano ó zutano probará el Sr. Peralta que sus citas son exactas y sus razonamientos exentos de error. Si no nos replica, no por eso nos ha de doler el negro de una uña: ya dijimos que no entendíamos discutir con él, menos aun tratar de convencerle; es sabido que un racionalista jamás se convence. Escribimos para mostrar á los católicos y liberales de buena fe, qué clase de armas emplean los adversarios de la Iglesia, y cuánta es su ciencia; y bien que lo vamos consiguiendo. Ni extrañe el Sr. Peralta que lo hablemos sólo en folletos; ¿tendrá conciencia de que sus errores dan materia para tomos? De dárselos, sí que los dán, pero de tener nosotros tiempo y dinero para tanto no los tenemos; brevísimos son los momentos de que podemos disponer para *La Razón* en nuestra asendereada vida; y en cuanto á dinero, no es mayor el que puede ser empleado por un sacristancillo, sin otra codicia que la de ver á sus compatriotas libres de la ciencia de *La Razón*.

*Vindex.*